

tiempo, el general Lefebvre-Desnouettes estaba sometiendo á la parte meridional de esta última provincia, y, despues de haber batido á los insurgentes en varios encuentros, efectuada con el general Verdier el bloqueo de Zaragoza á donde se habian refugiado las partidas que no habian podido sostenerse en el pais. El general Duhesme peleaba en Cataluña, y el mariscal Moncey en el reino de Valencia; pero no pudo apoderarse de la capital por carecer de artillería de batir. El general Dupont habia salido de Madrid á últimos de abril para la Andalucia; el 7 de mayo, destrozó al enemigo en Alcolea y se presentó delante de Córdoba, donde los insurgentes se habian reunido en número de mil y setecientos, y obligaron al corregidor á cerrar las puertas de la ciudad. Fue preciso abrir una brecha; Córdoba cayó y lo mismo sucedió con Jaen.

Entretanto, Bessieres supo que un cuerpo de cuarenta mil hombres estaba andando desde Galicia, para cortar al rey José el camino de Madrid. El mariscal salió al encuentro de los Españoles con doce mil hombres, y se halló en presencia del enemigo sobre las alturas de Rioseco. El cuerpo del enemigo fue derro-

tado y la ciudad tomada á bayoneta calada; cuarenta piezas de cañon, seis mil prisioneros, diez mil muertos, los bagages y las municiones, fueron los trofeos de esta acción verdaderamente memorable. La derrota de los Españoles fue completa; Bessieres los persiguió sobre Benavente, Mayorga y Leon que se sometieron. Este suceso importante aseguró las comunicaciones con Portugal, y fue muy útil al ejército de Junot. Desde el 16 de junio, los Portugueses habian imitado á los Españoles, y habian echado el grito de la insurreccion en Oporto. Los Franceses tuvieron que evacuar á las provincias del norte; los Españoles y los Portugueses daban á la Europa el espectáculo hermoso de dos pueblos enemigos uniéndose de repente para defender mancomunadamente sus derechos domésticos y la antigua independencia de familia, que es la propiedad de todas las naciones. Pero los fusiles ingleses que usaban los Españoles y los Portugueses, los oficiales superiores de Inglaterra que dirigian los movimientos de sus tropas, y los tesoros británicos que pagaban á los súbditos abandonados de las casas de Borbon y de Braganza, daban á conocer tambien á la Eu-

ropa, que Napoleon, en dirigiendo sus ejércitos sobre el Portugal y la España, no habia hecho sino adelantarse á los de la Inglaterra. El regente de Portugal, obedeciendo al embajador Strangford, habia abandonado sus Estados en vez de conservarlos bajo la alianza y la proteccion de Napoleon, con la condicion de adoptar el sistema continental.

El 15 de julio, Napoleon dió la corona de Nápoles á Murat, por un decreto imperial. El duque de Rovigo sucedió al gran duque de Berg en el mando del ejército, y, las puertas de Madrid habiendo quedado abiertas con la victoria de Bessieres, José entró el 20 en la capital silenciosa. La actitud de toda la poblacion de una gran ciudad probó con energía que solo el ejército habia sido vencido por Bessieres, y que, aunque José ocupase el trono, la nacion quedaba dueña del campo de batalla que nos estaba aguardando. En efecto, allí estaba entera. Las tropas de línea de Galicia y de Andalucía habian tomado parte en la insurreccion, y las de Madrid, San Sebastian y Barcelona, desertaban en tropel para alistarse con sus compañeros.

El 21 de julio, Napoleon salió de Bayona;

su presencia en Paris se hacia urgente, por los cuidados de su vasto imperio y por los recelos de la Europa que estaba preparándose á coger la primera ocasion de atacarle. Se dirigió sobre la capital, con lentitud, deteniéndose en las ciudades principales donde dejó señalado su tránsito, con disposiciones administrativas, dando de este modo descanso á su imaginacion de los recuerdos de Bayona.

El 14 de agosto, los cañonazos de la víspera de San Napoleon, anunciaron su llegada á la capital. El mismo dia, la estatua colosal, fundida con el bronce de Austerlitz, salia de los hornos de san Lorenzo, para adornar la columna triunfal de la plaza Vendome. Entretanto, el rey José arrancado de las delicias de Nápoles, y entregado á sí mismo, tenia que conquistar su reino y quedar incesantemente sobre las armas para conservar la corona. Un ejército suele agotarse y la guerra se acaba, pero una nacion no perece delante de una bandera; así es que la derrota de Rioseco no tardó mucho en ser vengada. La primera noticia que el rey José recibió del ejército frances, desde su llegada á Madrid, fue la de la vergonzosa capitulacion de Andujar, pequeña villa

ilustrada quince años despues, por el decreto del Delfin de Francia, cuya ejecucion hubiera podido preservar la España de los males que la agovian.

El general Dupont, teniendo bajo sus órdenes á las divisiones de los generales Vedel y Gobert, habia colocado el uno en Baylen y el otro en la Carolina, ocupando en persona, con la primera division, á Andujar, sobre el Guadalquivir, donde estableció una cabeza de puente, haciendo lo mismo en Menjibar, camino de Jaen á Baylen. El general Dupont se hallaba situado de manera que no podia temer lance ninguno, pues, en caso de ser atacado por un enemigo superior, podia en una jornada ir á tomar una posicion que dejaba, entre los Franceses y los Españoles, los desfiladeros de la Sierra Morena. El 20 de julio, dia de la entrada de José en Madrid, el enemigo, en número de cuarenta mil hombres, presentó la batalla á Dupont que apenas tenia trece mil soldados. El general frances, cuya fuerza era tan inferior, cometió tres faltas capitales; no aseguró sus comunicaciones con Madrid; se halló separado de las divisiones de Gobert y de Vedel que componian las dos terceras par-

tes de su ejército, y en fin empeñó la accion del 19 con pocas fuerzas y en una posicion peligrosa. Si hubiese procurado reunir las tropas, como hubiera debido hacerlo, la victoria era suya; pero, en vez de ilustrarse por un nuevo suceso que hubiera coronado su gloria militar, y acaso hubiera ahogado para siempre la insurreccion española, cuyos gefes deseaban un gobierno justo, moderado y conforme á los principios que los mas de ellos estaban profesando, firmó la capitulacion de Andujar, el 22, al momento en que iba á efectuar su reunion con el general Vedel, de cuyas resultas el ejército enemigo se hubiera hallado entre dos fuegos. El general Vedel, atacado por los insurgentes, se habia apoderado de tres cañones, de dos banderas y de mil y quinientos prisioneros, y se hallaba separado de Dupont solo por el cuerpo que acababa de derrotar. En fin, á pesar de la mala situacion en que le ponía tan inopinadamente la capitulacion, Vedel impuso todavía al enemigo y estaba efectuando su retirada sobre Madrid, cuando, despues de una larga jornada, se le notificó que se hallaba comprendido en el convenio vergonzoso de Andujar, ejemplo inau-

dito durante toda la guerra de España, en que los Franceses han tenido alternativas de felicidad y de desgracia, pero nunca se han visto con el oprobrio de una capitulacion en campo raso!!! Se ha dicho que unos equipages inmensos, vergonzosamente calificados, habian retardado la marcha de Dupont sobre Baylen, y que su capitulacion habia tenido por motivo su conservacion..... Napoleon recibió en Burdeos el 1° de agosto, esta horrorosa noticia. « Unos generales franceses, exclamó, » no han preferido la muerte, antes de firmar » que el ejército devolverá los vasos sagrados » que ha robado! Quisiera borrar esta vergüenza con toda mi sangre. » Su pudor, enteramente frances, no pudo sufrir que la capitulacion de Andujar se imprimiese en ningun diario publico. Sin embargo, si Napoleon lo hubiese permitido, el ejército hubiera defendido la causa del honor frances señalando los verdaderos delincuentes. Se mandó hacer una indagacion que aun está durando.

El acontecimiento de Andujar excitó la mayor indignacion en Francia y exaltó sobre manera á los Españoles; hirió gravemente la causa de Napoleon; inflamó el partido de la

insurreccion, deteniendo á los muchos disidentes que se estaban preparando á reunirse al rededor del trono de José. Este golpe moral conmovió de repente á la Europa y á todos los gabinetes, y despertó, á ochocientas leguas de distancia, á los quince mil soldados de la Romana; la conjuracion española tuvo un acampamento sobre las orillas del mar Báltico en medio del ejército de Bernadotte. La Romana concibió el proyecto generoso de acudir con sus tropas al socorro de su patria, engañando á Bernadotte, y logró embarcarse, el 10 de agosto, á bordo de unos navíos ingleses, con la mayor parte de sus tropas. Los resultados de la batalla de Baylen fueron inmensos; Castaños que impuso la capitulacion á Dupont, estaba muy ageno de apreciar el servicio inmenso que acababa de hacer á la causa de la independenciam. Estaba estipulado en la capitulacion que las tropas bajo las órdenes de Dupont, declaradas prisioneras de guerra, se embarcarian en San Lucar ó en Rota sobre unos navíos españoles que las conducirian á Rochefort y, desgraciadamente tambien, estipulaba que los generales conservarían cada uno un coche y un furgon sin sujetarles á ser

registrados. Pero la junta suprema de Sevilla se atrevió á violar el derecho de gentes en nombre del derecho de las naciones; desaprobo el convenio firmado por Castaños, y, dando ella misma á los Españoles la horrenda señal del desprecio de los tratados, decretó que el ejército de Dupont, que constaba de trece mil hombres entre oficiales y soldados, en vez de ser conducido á Rochefort, quedaria encerrado en los pontones de Cadiz, calabozos pestilentos inventados por la filántropica Inglaterra, para hacer envidiar al cautivo valeroso los baños de la esclavitud y las mazmorras del crimen. El decreto de la junta enardeció á los insurgentes y el grito de guerra fue en adelante, EXTERMINIO. El fanatismo sanginario de 1793 se apoderó de los ejércitos y de los habitantes de la Península. La capitulación de Baylen habia disipado el prestigio que importaba tanto conservar de la invencibilidad francesa; una vez que se halló desconocido por la junta, el trono de José vino á ser una mera posicion militar, constantemente sitiada, y ganada por fin, por una guerra que habia de ser una pelea de muerte.

Ocho dias despues de su entrada en Madrid,

José tuvo que refugiarse á Vitoria, donde el ejército frances vino á acantonarse en los primeros momentos de la insurreccion general. El general Duhesme tuvo tambien por conveniente concentrar todas sus fuerzas dentro de Barcelona, de manera que la soberanía de José se halló circunscripta en unos acampamentos atrincherados. El 31 de julio, el ejército ingles, bajo las órdenes de sir Arthur Wellesley, que fue despues lord Wellington, desembarcó en Leyria á treinta leguas de Lisboa, se juntó con el ejército portugues, y, hallándose á la cabeza de veinte y seis mil hombres de ambas naciones, marchó sobre Vimeiro, donde el intrépido Junot, con diez mil hombres escasos, aceptó la batalla el 22 de agosto. Junot fue batido y se replegó sobre Lisboa, despues de cinco horas de combate. Las pérdidas de los dos ejércitos fueron iguales no obstante la diferencia de número. Junot, á pesar de su valor y de los esfuerzos inauditos que hizo en esta circunstancia, no pudo obligar á los Ingleses á volverse á embarcar ni á abandonar su posicion, pero se cubrió de gloria y su actitud fue tan imponente, despues de su desgracia, que logró firmar un armisticio. El 30 de agosto,

Junot, cuyas fuerzas esparcidas sobre varios puntos de Portugal no llegaban á veinte mil hombres, firmó con el general ingles, que tenia treinta mil combatientes reunidos y ademas toda la insurreccion portuguesa á su favor, la honrosa capitulacion de Cintra. En virtud de este tratado, nuestro ejército evacuó el Portugal y fue conducido á Francia con toda su artillería, sus cajones y sus bagages, á bordo de unos navíos ingleses. El ejército no se rindió prisionero, y al llegar al suelo patrio estuvo libre de volver á entrar en línea de batalla. Esta capitulacion no borraba la de Baylen; la afeaba mas todavía. Tampoco se encontró en Portugal una junta que deshiciese los pactos de la guerra; el convenio de Cintra se cumplió con toda religiosidad; el general frances tuvo en la negociacion la misma actitud que en el campo de batalla, mereciendo en ambas situaciones la estimacion y el respeto de su contrario. Junot y nuestros soldados salieron de Portugal lo mismo que si hubieran quedado victoriosos, pero los Ingleses ocuparon el pais, y la España, en donde el ejército de José poseia solamente Barcelona, la Navarra, Vizcaya, Alava y Guipuzcoa, celebró los

sucesos de estos nuevos huéspedes armados, á quienes juraba de exterminar tres meses antes, bajo las águilas de Napoleon. Jamás vicisitud mas contraria quebró en menos tiempo el destino de dos naciones; desde aquel dia, la estrella de Napoleon fue menos brillante; un fusil español cruzado con un fusil ingles, vino á ser el contrapeso de tanta fortuna.